

Domingo 5º del Tiempo Ordinario. Ciclo B.

## ***El cristiano: llamado a ser “ un corazón que ve”***

Las lecturas de este **domingo** son una **invitación a que anunciemos el Evangelio de la Vida**. Como cristianos tenemos que anunciar la Buena Noticia del Evangelio y **esta Buena Noticia es motivo de plenitud de vida** aquí en la tierra y germen de la Vida eterna.

La vida de cada día es una oportunidad maravillosa en orden a la propia santificación. El trabajo y los avatares cotidianos, las tristezas y las dificultades, los gozos y las alegrías que conforman la vida ordinaria del hombre, son sin duda una ocasión para descubrir la presencia misteriosa del Señor que acompaña al hombre en todas las situaciones de la vida.

Podemos caer en la tentación de vivir angustiados, sin ganas, ya sea por el peso de la vida, las fatigas o por las mismas dificultades inherentes a la condición humana (1ª lectura). Sin embargo, a pesar de todas las dificultades, la vida del cristiano está persuadida de la presencia del Señor que **“sana los corazones destrozados”** (salmo).

La reflexión del libro de Job tiene **permanente actualidad**. Basta mirar a nuestra propia vida o asomarnos a los medios de comunicación para ver los problemas y dolores que acompañan a la humanidad. La radio, la televisión, la prensa anuncian constantemente enfermedades y muertes, miseria y hambre, violencia y guerras, injusticias y odios. Job, consciente de la fatiga y del trabajo y de la brevedad de su vida no se limita a quejarse de su triste suerte, sino que anhela encontrarse urgentemente con Dios. *A cada uno de nosotros, ante el dolor y la enfermedad, la boca se nos llena de preguntas. ¿Por qué el hombre sufre tantas tribulaciones en la vida? ¿Por qué existe tanto dolor en el mundo? ¿Por qué innumerables criaturas inocentes son víctimas de enfermedades incurables?; si Dios existe y es bueno, ¿por qué permite el mal?... Es difícil aceptar y entender la pena, el dolor, el sufrimiento, la enfermedad y la muerte.* El hombre y mujer religioso, **ante el enigma del dolor, tenemos que entrar en el misterio de Dios y comprender que el dolor puede ser acto de amor y ofrenda de redención con un sentido último de purificación.**

Jesús no se desentiende de esta realidad de dolor y angustia; en su actividad diaria, el evangelio nos lo presenta cercano al Padre en la oración y, cercano a los hombres anunciándoles la salvación y haciéndola visible con su actuación liberadora. El evangelio se hace actual para nosotros; también hoy Jesús se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu. Jesús vino al mundo a curar, liberar y salvar a los hombres. **Hoy Cristo está presente entre nosotros y continúa haciendo el bien**, curando dolencias, enjugando lágrimas, dando esperanza a un mundo enfermo que llora desesperanzado. Su Palabra sigue hoy curando la enfermedad de la mentira y de la injusticia. Su Palabra vivifica lo que está perdido y muerto. Extiende su mano para sanar las heridas de la violencia y los odios, de las guerras y los egoísmos. La mano salvadora de Cristo se multiplica en mil manos que se extienden haciendo el bien y construyendo un mundo más justo y fraternal.

Me ha gustado un **comentario de José Antonio Pagola** (director del Instituto Diocesano de Teología y Pastoral –Villa Gentza- de San Sebastián) con motivo de la primera carta encíclica del Papa Benedicto XVI. Dice así dicho comentario:

Los evangelios van relatando con cierto detalle episodios y actuaciones concretas de Jesús. Pero, con frecuencia, ofrecen «resúmenes» o «sumarios» donde se describe el perfil de su estilo de vivir: lo que más grabado quedó en el recuerdo de sus seguidores. En la comunidad donde se escribió el evangelio de Marcos se recordaban sobre todos estos rasgos: Jesús era un hombre muy atento al dolor de la gente. Incapaz de pasar de largo si veía a alguien sufriendo. Lo suyo no era sólo predicar. Lo dejaba todo, incluso la oración, para responder a las necesidades y dolencias de las personas. Por eso le buscaban tanto los enfermos y desvalidos.

He leído con alegría el primer escrito del Papa a toda la Iglesia pues, junto a otros aciertos, ha sabido exponer de manera certera lo que él llama el «programa del cristiano», que se desprende del «programa de Jesús». Según su espléndida expresión, el cristiano ha de ser, como Jesús, «un corazón que ve. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia».

El Papa mira el mundo con mucho realismo. Reconoce que son muy grandes los progresos en el campo de la ciencia y de la técnica. Pero, a pesar de todo, «vemos cada día lo mucho que se sufre en el mundo a causa de tantas formas de miseria material y espiritual».

Quien vive con un corazón que ve, sabe «captar las necesidades de los demás en lo más profundo de su ser, para hacerlas suyas». No basta que haya «organizaciones encargadas» de prestar ayuda. Si yo aprendo a mirar al otro como miraba Jesús, descubriré que «puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita».

El Papa no está pensando en «sentimientos piadosos». Lo importante es «no desentenderse» del que sufre. La caridad cristiana «es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos, los prisioneros visitados».

Es necesaria una atención profesional bien organizada. El Papa la considera requisito fundamental, pero «los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial».

***Ojalá que, a cada uno de nosotros, Dios nos conceda la gracia de experimentar cómo Él sana nuestros corazones desgarrados, para que podamos ser transmisores de su Vida a los demás.***

***Esta es nuestra tarea:  
anunciar el evangelio de la vida,  
procurar que todas las personas tengan una vida digna  
y una vida plena, que les realice personalmente.***

*Avelino José Belenguer Calvé.  
Delegado Episcopal de Liturgia.*